

mático; conocía la historia, la geografía, el dibujo natural y lineal, etc; escribía correctamente: era el primero en la guerra y en el colegio, y de la legislatura no era el último, pero pretendía serlo en ella y en cualesquiera reuniones. Le entusiasmaban, le enloquecían los combates. Las luchas de la Grecia, la guerra de siete años, las campañas de Napoleon eran su lectura favorita; sus héroes, Alejandro, Jenofonte, Gustavo Adolfo, Morelos. Sin embargo, su modestia no le permitía hacer ostentación de su saber ni de su valor; jamás dió partes exagerados de sus triunfos, nunca se los atribuía á sí, sino á "mis valientes soldados." Le ruborizaban los elogios cuando era objeto de ellos; le indignaban las intrigas políticas, odiaba á los que especulaban con determinadas situaciones. En la legislatura se adhería mas á Chavez que á Avila, pero evitaba el rompimiento entre éstos. *Somos pocos—decía—y es un crimen dividirnos.* Macías era de ideas avanzadísimas, y sin embargo incurria en el error de creer que ellos podían triunfar sin emplearse la fuerza. Le agradaba la guerra y no obstante amaba la paz. Discutía poco, pero cuando hablaba se le escuchaba con gusto, por la sensatez de sus apreciaciones y el recto juicio que entrañaba lo que proponía.

D. Antonio Rayon, descendiente de la familia de los héroes de la independencia, era un hombre de cincuenta años, de baja estatura, color moreno, frente ancha, ojos pequeños. Era farmacéutico, y su botica fué un club político en donde se reunían muchas personas. Rayon leía y escribía mucho. Fué liberal como pudo ser conservador, pues su temperamento flemático, su

indiferencia, su excepticismo no le permitían preocuparse por nada ni por nadie. No fué hombre de pasiones y vió con frialdad, con calma cuánto pasaba. Se dejaba persuadir fácilmente, y á los terribles ataques que por la prensa le dirigian sus enemigos, contestaba con una sonrisa que nunca alteró su fisonomía. Como diputado, le era indiferente que sus proyectos de ley fuesen aprobados ó reprobados. Por lo demás, era Rayon desinteresado, buen amigo y protegía á los pobres.

El reverso era Carrion. Activo, nervioso, valiente, apasionado, todo quería hacer, y pronto, intervenir en todo. Odiaba por las causas mas sencillas. Inculto, intolerante, no comprendió el espíritu de las instituciones ni las prácticas parlamentarias. Antiguo soldado, tenía mas apego á la ordenanza que á la Constitución, y hubiera deseado que una voz de mando hubiese formado una ley. Seguía ciegamente las opiniones de Chavez y llevaba al debate verdaderos absurdos. Cuando estaban mas exacerbados los ánimos y el país incendiado por la revolución, presentó á la legislatura un proyecto de ley (?) que reglamentaba la formación de los funcionarios y empleados en las procesiones religiosas y cívicas! Era capaz de sostener por una semana que el secretario de gobierno debe ir á la derecha del secretario del tribunal y el alcalde primero seis pasos á retaguardia del regidor decano. Carrion tenía más de cincuenta años, era trigüefío, de baja estatura, grueso; andaba rápidamente hablaba tartamudeando. Para todo era atronado, atrabiliario quizá. Ese hombre se había labrado una fortuna.

D. Manuel Cardona tenía como treinta y siete años: es alto, grueso, amanerado en su porte; siempre hablan-

do con reservas, dejando sin terminar los negocios, contestando con evasivas ó monosílabos. Ha leído poco, no obstante haber recibido educacion literaria, y aparecia independiente no siéndolo entónces. Desconfiado, no ha sabido inspirar confianza á los demás. Cuando se ligaba estrechamente á un círculo, no se creía en su lealtad. Por su modo de ser, por los resabios de su educacion clerical y hasta por sus relaciones, no se le creía entónces liberal sincero. Fué calumniado frecuentemente y hasta perseguido por esos defectos de carácter. Su falta de franqueza le ha ocasionado enemigos y disgustos.

D. Juan G. Alcazar era jóven aún en aquella época; alto, enfermizo, encorvado, escuálido, de andar mesurado, de carácter pacífico; pero apasionado, intolerante, maniático en materias filosóficas, políticas y religiosas. Es laborioso como diputado; *está en carácter* revisando expedientes, formando dictámenes; y á prevalecer su voluntad, una legislatura expediria más leyes que la Asamblea francesa y la Convencion. Es teórico en política; pretende ser financiero y le agradan las disputas sobre cuestiones abstractas. El dice que le educaron los frailes agustinos: será ó no cierto, pero es metafísico como ellos y como ellos ergotiza. Es más correcto hablando que escribiendo, y cree, por su espíritu de intolerancia, acertar siempre. Se adhiere fácilmente á los gobiernos y no á los círculos de oposicion. Alcazar no tiene vicios personales; estudia, tiene algun *sprit* en su conversacion y es firme en sus afectos y en sus ódios. Conociéndose á este hombre se le aprecia y

domina, con solo que crea que él es quien se sobrepone y su voluntad la que prevalece.

Esos hombres, cuyos retratos hago sin ódio, sin interés, nos dieron una Constitucion y algunas leyes orgánicas de poca importancia. Y no podia ser de otro modo cuando la guerra era la suprema atencion y el deseo del triunfo la aspiracion general. No habia entre ellos trascendentales diferencias, porque el peligro les unia. Eran diputados en el salon del congreso, tribunos en el club, soldados cuando lo exigian las emergencias de la situacion. Esos hombres eran liberales, obraban inspirados por la mejor buena fé, y si cometieron errores, ellos fueron hijos de su nesciencia política y administrativa y mas aún de las dificultades de la misma situacion. Estuvieron animados de las mejores intenciones, y si poco hicieron, debióse á las circunstancias y á que entónces se comenzaba á conocer la práctica de las instituciones. Ellos, como todos los liberales del Estado en aquella época, se consagraban al servicio público, al triunfo de los principios, á conservar la paz, siempre amagada, á combatir con las armas, con la palabra y con la pluma al despotismo y á las preocupaciones. La historia hará justicia á la abnegacion, á la energía de los hombres de 1857.

Tambien es digna de elogio la moralidad de la administracion en la misma época. A pesar de las exigencias siempre crecientes de la revolucion, de los crecidos gastos que erogaban los guardias nacionales que estaban con las armas en la mano, no se ocurrió al arbitrio de los impuestos extraordinarios. El gobierno introducía las economías compatibles con aquella si-

tuacion, y los empleados de hacienda, D. Policarpo Mercado, Acosta y otros, eran probos. La exposicion habia alcanzado el mejor éxito. La justicia se administraba pronta y cumplidamente. Ilustrados é íntegros los magistrados y jueces á quienes se retribuía convenientemente, no habia quejas contra los encargados de garantizar á la razon sus fueros y á los ciudadanos sus derechos é intereses.

Pero al concluir el año todo cambió, y antes del motin de Tacubaya tuvo lugar un hecho que creó disgustos y dificultades, sin razon para ello. En una de las fiestas cívicas de Setiembre, D. Jesus F. López pronunció un discurso patriótico, en el cual tambien se referia á sucesos de épocas no remotas y de actualidad. Hablaba el orador de los vicios de las clases privilegiadas, de sus tendencias á la opresion, de la moral del Evangelio, no conforme con los abusos que cometía y santificaba el fanatismo religioso. Esto levantó una confusa gritería, no entre los reaccionarios, lo que no hubiera sido extraño, sino entre los liberales. Los Chavez, Carrion y otros, hacian una propaganda infundada contra el discurso y contra el orador, en lugar de refutar la obra y confundir al autor. Nada contenia la pieza oratoria contra la verdad, ni contra la moral, pero se hizo atmósfera contra ella, solo porque la calificaban de imprudente críticos nerviosos, débiles contemporizadores con los que frente á frente del gobierno y á ciencia y paciencia de éste, conspiraban sin cesar.

Y la revolucion estalló; Comonfort trocó sus títulos de presidente legítimo por el dictado odioso de conspirador vulgar, y, víctima de la perfidia de los que

le rodeaban y de su propia debilidad, dió el golpe de Estado que tantas lágrimas y sangre deberían costarnos.

Este suceso alentó á los conspiradores que en el Estado predecian la próxima muerte de las instituciones, el aniquilamiento de los liberales. Estos, que no transigian con el motin, manifestaron una firmeza de principios y un valor civil que les honra. Dos comisionados de Jalisco van á la capital del Estado, solicitando que éste figure en la coalicion que va á oponerse á los avances de la revuelta conservadora. La legislatura decreta de conformidad, desconoce á Comonfort y reconoce al presidente de la corte de justicia de la nacion, y todos se preparan para combatir. Aguascalientes ofreció sus recursos, la sangre de sus hijos, cuanto tenia, para la defensa del derecho y la justicia, para la lucha que provocaba la mas injustificable de las traiciones. Se iban á consumir cruentos sacrificios por la causa de la Constitucion. Y para honra del Estado debo decir, que ni entónces se recurrió á los préstamos forzosos para armar y equipar á los defensores de la libertad.

Entre tanto, la chispa encendida en México, propagaba el incendio; en muchas plazas fuertes era secundado el escandaloso motin de Tacubaya. Se extendia por varios lugares del país la funesta influencia y el poder de las clases privilegiadas. Se hablaba de la defensa de la religion que escarnecia el ódio de bando, se daban cruces á los incautos para que ostentasen en sus pechos ese signo de la redencion, venerado diez y ocho siglos, y hoy objeto de la burla de un partido hi-

pócrita. El cuartel y la sacristía se levantaban erguidos desafiando á los pueblos, pretendiendo poner en vigor los principios teocrático-militares, y ofreciendo reducir á cenizas el edificio de la Constitución é imponer á los hombres la coyunda del despotismo. Ensoberbecida la reaccion con los grandes elementos que Comonfort habia puesto en sus manos, juraba alcanzar la victoria, no sin empapar antes los campos y las ciudades en la sangre de los amigos de la democracia, no sin levantar los patíbulos, última razon de los tiranos, y ahogar el soberano esfuerzo de los pueblos hácia la libertad.

Afortunadamente la reaccion no ocultó sus tendencias y el país vió claramente que el motin que habia estallado escribía en sus banderas andrajosas el odioso nombre de la tiranía, que el triunfo de ésta significaba la ruina de la República, la muerte de la libertad, el entronizamiento del peor de los despotismos. Lo comprendieron así los pueblos y se agruparon al pié del lábaro constitucional, jurando salvarlo ó morir en su defensa. Aparecieron caudillos, se armaron las masas y se dió principio á la lucha mas popular y sangrienta, á esa lucha titánica de tres años cuyo recuerdo es tan glorioso como imperecedero.

CAPITULO XVII.

Triunfos y derrotas.

(1858—1859.)

Motin Militar.—Salamanca.—Otro motin.—Flores Alatorre.—*Miramón y Manero.*—Huye la reaccion.—Salida de tropas liberales.—Crímenes é impunidad.—Fray Antonio Vergara.—*Patron.*—Su derrota.—Desastre de Ahualulco.—Coronado.—*Patron y Miramón (D. Joaquín).*—Arbitrariedades de ambos.—*Tiranía de Patron.*—Su carácter.—Derrota de Miramón y Patron.—Restablécese el órden constitucional.

LCÁZAR redactaba en esta época el periódico oficial por haber salido para Guadalajara D. Estéban Avila, quien era diputado suplente como lo fué propietario D. Martín Bengoa. Habia creído el